

SANA, SANA...SI NO CURA
HOY, CURARÁ MAÑANA



Las bibliotecas ofrecen a los usuarios el mejor de los servicios: un bibliotiquín completo de remedios para el alma y el intelecto. Y, sin embargo, nos olvidamos de que nosotros, los bibliotecarios, somos personas, que también tenemos nuestras flaquezas y requerimos de cuidados. Vivir el trabajo de forma responsable, no parando ni cuando se está enfermo, puede tener, en ocasiones, unas consecuencias tan insólitas como increíbles.

Queridos compañeros del metal, del vil metal...ayer ya me acosté perjudicada y me he pasado toda la noche sufriendolas en silencio. Bueno, lo de en silencio es un decir, porque, ya sabéis, el oso de mi *espeso* no me da tregua. Sé que debía ir al médico y cerrar pedido para que me intervinieran definitivamente. Pero, la verdad, a nadie le gusta ir enseñándolo por ahí y menos para que le metan mano. Y hablando de éstas, ha sido la de mi *espeso* la que, esta mañana, dándome una cachetada mientras decía "iese culitooo!", ha terminado de rematarme. Iba a haberle respondido con otra en toda su *face*, pero me he decantado por darme una ducha y un poco de *Hemoal* (mi crema de día y noche). A continuación, he cogido el flotador de patito de las niñas para poder sentarme en la biblioteca, y me he dirigido hacia ella, caminando como Billy el Niño.

Al llegar, me he encontrado con un panorama desolador: estoy sola. Una vez más sufriendolo en silencio. Aquello y esto. El conserje, que acabo de verle haciendo *footing*, ha llamado para decirme que le han dado la baja por "tortículis" (textualmente). Ayer ya se marchó como Cuasimodo, quejándose de que se había "contracturado" el cuello por "ensostrar" diez cartas de préstamos sobrepasados (por leer el periódico no le pasa lo mismo). Seguidamente, ha sido mi compañero, que conoce al detalle el convenio, el que llamaba para informarme de que no venía por ingreso hospitalario de familiar. Parece que a su cuñado le tienen que quitar, a vida o muerte, no sé si una muela o un forúnculo. Y para rematar la jugada y que se cumpla la Ley de Murphy, Mansilla, a la que le encanta fastidiar, hoy falta por eso y porque, al fin, ha conseguido audiencia con el concejal, para hacerle la pelota y aclarar la situación: que si se luxó la muñeca no fue por pegarme, sino por mi cara dura (que no bonita). El caso es que por "tortículis" (que no tortícolis), forúnculos y otras maneras de dar por ahí (incluido lo mío), hoy vamos de c... o, lo que es lo mismo, la cosa va de c...s (con perdón).

Empezaré por el mío. Tras abrir persianas, encender luces, aparatos de aire y ordenadores, lo he aposentado sobre el flotador que he colocado encima de la silla, y me he activado en modo pulpo, para lo que pueda sobrevenir. E ipso facto ha sobrevenido, muy al caso, el primer revés de la mañana: una mamá empeñada en que su niño leyera el

cuento "Sana, sana, culito de rana" y él empeñado en que el mío no sanara:

- "Mami, no quiero leer. ¡Quiero ese flotador!"
- grita impertinente el niño, mientras yo sonrío falsamente a la madre y digo entre dientes "¡Vete, niño!", al tiempo que mi pierna amaga con darle una patada.

- "¡Ratón -le dice la madre, tratando de persuadirle- mira qué cuento taaan bonito!"

- "¡Yo quiero el flotador, que la señora lo va a explotar!" - insiste el niño entre sollozos.

¡Acabásemos! ¡Hasta aquí podíamos llegar! ¡Mi paciencia tiene un límite! Por no oírles, a él llorando y a su madre gritando a voces "¡Cállate, niño, que estamos en una biblioteca!"... y también, he de reconocerlo, por no volver a oír cómo me llama gorda el mocososo ese, me



he levantado y, con todo mi dolor (y no solo de corazón), le he dicho: "Toma, bonito, el flotador de patito" (...y tanta paz lleves como descanso dejas –he pensado).

Resignada (por no decir otra cosa), busco la postura que menos me perjudique y, esperanzada, canto "¡Si no se cura hoy, se curará mañana!"... y en esto aparece el OSOario que el otro día, de buena mañana, no me llamó por mi nombre, precisamente, cuando le corté la conexión a internet por ver cu...curiosidades (digámoslo así).

- "¡Señorita, se ha cortado!" –dice en voz alta.

- "No, he sido yo". Y sin saber cómo decirlo, continúo: "Es porno, por-no, por no utilizarlo con fines académicos e intelectuales" –le aclaro con no poco rubor.

- "¡Estoy haciendo un estudio *culográfico* –añade- para sacarme un título propio en *Culomancia!*" (Seguro que es de la Rey Juan Carlos...y mañana me vendrá diciendo que quiere leer el mío en vez de *El Quijote* –pensé).



- "¡Caballero, por favor!"– exclamé, mientras él me decía (deduzco que en calidad de experto) que yo no era femenina sino "masculona" (y no le falta razón) y una funcionaria ramera o, lo que es lo mismo, un zorrón desorejado con plaza (en el más amplio sentido de la palabra) en propiedad.

Prevenida, vuelvo a hacer uso de la más falsa de mis sonrisas.

- "Dígame, caballero. ¿En qué puedo ayudarle?" –le pregunto, haciéndome la nueva.

- "Señorita, ¿sería tan amable de quitarme la sanción? Entre usted y yo, ya sabe que estas cosas se pueden hacer" –me dice en voz baja, el muy jeta, como si yo no fuera la "masculona" o "más culona" aquella.

- "Pues, mire, aquí no acostumbramos a usar este tipo de procedimientos, especialmente, después de haberme llamado funcionaria ramera en vez de señora bibliotecaria" –le he dejado caer blandamente.

- "Entiéndame, señorita...yo –dice en su descargo –se lo dije objetivamente (¡Ah, bueno, en ese caso me quedo tranquila! –pienso)... para hacerla reflexionar". (¿Eins? ¿Reflexionar sobre las normas y procedimientos, sobre mi condición de más-culona o sobre la vida y la muerte? Me chisporrotean las meninges). No dando crédito a la situación, trato de recordar si, por descuido, alguna vez habré entrado en un bar de carretera, con luces de neón. Vamos, en un burdel, en vez de en una cafetería. O si, con la edad y todo lo que me hago en la cara, pareceré la Carmen de Mairena... cuando deduzco que lo que quiere decir es "metafóricamente".

- "Por favor, caballero, y esto se lo digo de forma figurada: ¡Márchese por donde ha venido!" –le ruego con amabilidad.

- "¡Anda y ve a prostituirte, funcionaria de miér...coles!" –ha concluido.

Mis dolores se multiplican. A aquel con el que vine se suma el dolor de cabeza por el moco y ahora, además, el de corazón, que me ha producido el *culografista*... y que me tiene los nervios disparados. Abro el botiquín en busca de un triste paracetamol, algún *Amplín* o un *Keledén*, a fin de terminar tranquila la jornada, y apenas encuentro unas *tiritas pa este corazón partío*. Mis usuarios, sin embargo, cuentan con un *bibliotiquín* de prime-



ra: un *Red Book*, la bebida energética que les conecta con la colección; *Novedacepán*, las píldoras más frescas; el *Prestadol Cómplex* para el alivio sintomático del hambre intelectual; el *Serieadictol*, para combatir la adicción al cine; el *Formatint*, el baño de color para los que desconocen las instalaciones o padecen problemas de movilidad bibliotecaria; y *Librarians Infusiones* para aquellos que sufren de soledad, de los nervios o necesitan dar con el quid de la cuestión, inada como consultar al bibliotecario!

A punto de terminar la jornada, llega Mansilla a la biblioteca, después de la reunión con el nuevo concejal. "¿Qué tal, te has despachado a gusto?" -le he preguntado con acritud. "Me ha entendido perfectamente. No lleva boina como los otros. Es médico" -me ha contestado satisfecha, dejando entrever que ha aclarado lo de la galleta y mi cara dura, y que se lo ha ganado. "¡Ah! ¿Sí? ¿Y de qué especialidad es?" -le he preguntado, curiosa. "¡Proctólogo!" -me ha dicho entre risas (menos mal que no he pedido cita para lo mío, que ya me veía yo mostrándole, al que va a ser mi jefe, lo "más-culona" que soy). Y si antes hablo de éste, antes recibo un correo: "Señora, Súper: conocedor de su problema (si fuera uno, pienso), la espero en mi despacho a la salida de la biblioteca" (*iCagoentó...ya tengo otro más!*).

Me acerco al ayuntamiento, llamo a su puer-

ta, me abre un bigardo imponente y tomo asiento, (como puedo), sin quitar el ojo a *esecuerpoescándalo*.

- "Mire, ha estado por aquí la señorita Mansilla, poniéndome al corriente de diversos asuntos. Algunos, incluso, muy personales (¡Qué cotilla, la tía! Ya le ha ido con el chisme de lo mío -pienso). Y, sinceramente, entre usted y yo, ambos sabemos que tiene, hablando mal y pronto, un grano en el culo" -me dice refiriéndose a Mansilla y no a lo mismo que pienso yo.

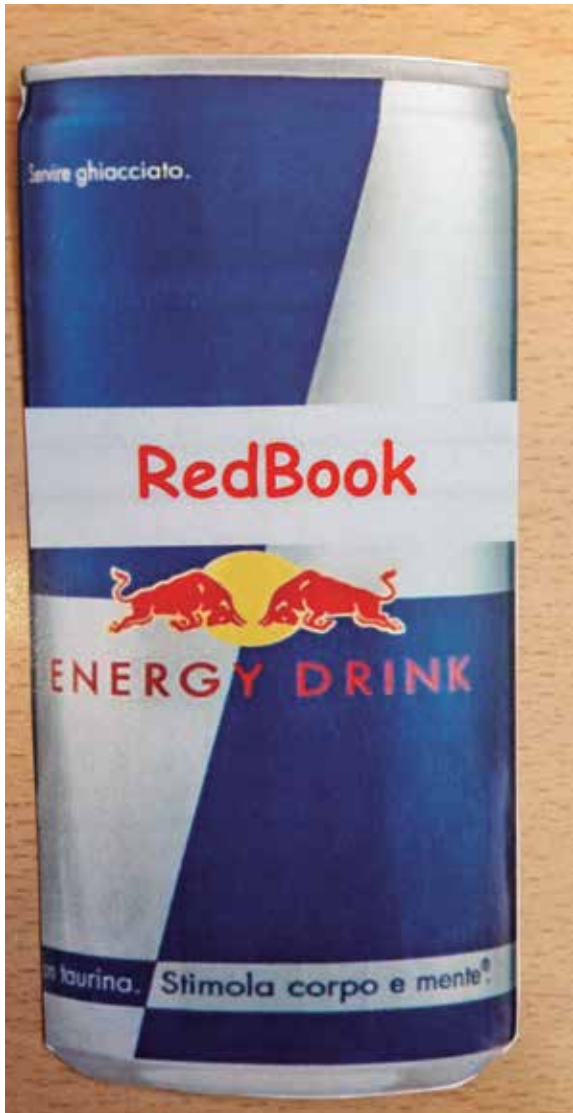
- "Bueno, grano, lo que se dice grano..." - le digo yo, refiriéndome a lo mío.

- "Grano y muy gordo. Se lo digo yo, que he visto muchos casos como éste en consulta". A lo que añade: "Y lo mejor es intervenir por lo sano y cuanto antes".

- "Ya, ya...Pero, aquí y ahora...Así a bocajarro y a calzón quitado..." - comento.

- "Entiendo que esto no es plato de buen gusto para usted. Pero para mí -me dice mientras coge las tijeras y la grapadora y a mí me tiemblan las canillas- es coser y cantar".

Abre la puerta y se marcha a por los papeles que, dice, debemos firmar (imagino que será el consentimiento, claro). Mientras, yo, en un alarde de valentía y enajenada por el dolor,



Mis usuarios, sin embargo, cuentan con un bibliotiquín de primera: un Red Book...

me bajo tímidamente los pantalones cuando, de pronto, irrumpe en el despacho el Alcalde.

- "¡Señora, por favor!" –dice, poniendo el grito en el cielo, ante tan bochornosa situación.

- "¡Señor Alcalde!" –exclama ahora el concejal, que ha vuelto con los papeles y no da crédito a lo que ve.

- "¡No, si yo me la he encontrado así, a culo pajarero! Ya me llegó una queja de un usuario, diciendo que había una bibliotecaria guarrilla" –alega el Alcalde en su defensa.

- "Pero, ¿no es usted proctólogo y me ha dicho que había que acabar con el problema cuanto antes?" –pregunto yo, confusa y con los pantalones a ras de suelo.

- "No, señora, yo soy psiquiatra. Y ya veo que el problema no es solo el de su compañera, que está loca de atar..Ande, ande, súbase los pantalones, llévele el finiquito a la Señora Mansilla junto a esta receta de *Keledén* y usted, por el momento, tómese una Forculoxetina al día, a ver cómo evoluciona. Si no, en unos días, tendré que expedirle *Keledén* y finiquito, también. Y respecto a lo otro, enséñeselo a un especialista. Yo, por hoy, ya he visto bastante" –ha concluido.

Con el finiquito en una mano, las recetas en la otra, el bochorno en las mejillas...y caminando como Billy el Niño y llorando como una Magdalena, he llegado a casa y le he dicho a mi *espeso* que me pidiera cita urgente con el cirujano, que esto no podía continuar así. Y en vez de preguntarme cómo estaba, el muy desgraciado ha exclamado: "¡Ya era hora, hija, de que te hicieras la cara!". Mirándole de arriba abajo y con gesto de asco, le he contestado, irreverente: "¡Lástima que lo tuyo no tenga arreglo, *cuerpoescándalo!*". ▴